

15. Aprender a Crecer en El Amor

En nuestro último tema, vimos que una de nuestras metas, como Cristianos, debe ser ayudar a nuestros hijos físicos y espirituales a aprender a probar los espíritus. Vimos que les ayudamos a hacer eso cuando les ayudamos a desarrollar un claro entendimiento de la doctrina de Cristo. Vimos que eso incluye tanto el hecho de que Cristo se hizo carne, como que Él es el Hijo de Dios. Vimos que también los ayudamos a aprender a enseñar y responder preguntas desde la Palabra de Dios, no desde sus propias opiniones. Hoy, nos enfocaremos en cómo ayudamos a nuestros hijos a aprender a crecer en el amor.

En el momento en que nos convertimos en Cristianos, muchas cosas maravillosas sucedieron en nuestras vidas. Una de esas cosas se describe para nosotros en 2 Pedro 1:4, donde leemos: “por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.” En este versículo, vemos que ahora participamos de la naturaleza divina. Esto sucede porque nuestro cuerpo se convierte en templo del Espíritu Santo en el momento de la salvación. 1 Corintios 6:19-20 dice: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” Esto significa que ahora se nos da el poder de usar nuestro cuerpo para glorificar a Dios en lugar de llevar a cabo los malos deseos de nuestra vieja naturaleza pecaminosa.

Esa participación en la naturaleza divina es lo que hace posible que enseñemos a nuestros hijos a amarse unos a otros como Cristianos. 1 Juan 4:7-8 dice: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.” Aquí, vemos que la naturaleza misma de Dios es amor. Ayudamos a nuestros hijos a comprender que hemos nacido de Dios y conocemos a Dios, por lo que ahora también forma parte de nuestra naturaleza amar a los demás. Si no tenemos amor y preocupación por los demás, necesitamos examinar nuestras vidas para asegurarnos de que realmente hemos puesto nuestra confianza en Cristo. Ya que Dios ha compartido Su naturaleza con nosotros, cuando estamos rindiendo nuestro espíritu humano al Espíritu Santo, nuestra naturaleza humana es controlada por el amor de Dios en vez del temor de la gente. El Espíritu Santo nos da el poder de mostrar el amor de Dios cuando nos rendimos a Él.

Como un nuevo Cristiano, ciertamente no entendíamos todo lo que el Señor había hecho por nosotros. Lo mismo sucede con nuestros hijos cuando se arrepienten de su pecado de incredulidad y se vuelven a Cristo. Sin embargo, muy pronto reconocimos que teníamos una mayor preocupación por los demás. Ahora, entendemos que esto es el resultado de que el Señor compartió Su naturaleza en nosotros. Cristo compartió Su naturaleza con nosotros para que tuviéramos tanto el deseo, como el poder, de llevar a cabo el nuevo mandamiento que Él dio. Ese nuevo mandamiento, en Juan 13:34-35, dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.” La naturaleza que Cristo compartió con

nosotros nos da el deseo de amar como Cristo nos amó, y el Espíritu Santo nos da el poder de amar como Cristo nos amó.

Sin embargo, Cristo hizo algo más que compartir Su naturaleza con nosotros para ayudarnos a aprender a crecer en el amor. En 1 Juan 4:9 leemos: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.” Aquí, vemos que tanto el Padre como Cristo nos dieron un ejemplo a seguir al hacernos visible su amor. Juan 3:16 dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Aquí, vemos que el Padre mostró Su amor al enviar a Cristo a esta tierra para pagar por nuestro pecado. Ciertamente vemos Su amor en el hecho de que estuvo dispuesto a dar a Su único Hijo para pagar la pena por nuestro pecado y así poder perdonarnos libremente.

Sin embargo, Cristo también nos mostró Su amor al venir a esta tierra. Juan 1:14 dice: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” Juan, y los demás discípulos, tuvieron la oportunidad de observar de cerca a Cristo durante casi tres años y medio. Al observar a Cristo, Juan vio que Cristo estaba lleno de gracia y verdad. Cristo dijo, en Juan 8:32, “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” Más tarde, dijo, en Juan 14:6, “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

En Gálatas 5:13, vemos cómo esta libertad debe afectar nuestras vidas. Ese versículo dice: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros.” La libertad, y la libertad, que Cristo nos ha dado ahora ha hecho posible que llevemos a cabo el nuevo mandamiento, porque Él nos da el poder de servirnos los unos a los otros en amor. Comenzamos a crecer en ese amor a medida que crecemos en nuestra comprensión de la libertad que Cristo nos ha dado.

Una persona que esta controlada por el miedo, y no es cristiana, no tiene deseos de mostrar amor a los demás. Una persona que se convierte en Cristiano, pero todavía está controlado por el miedo, tiene miedo de hacer cualquier cosa para servir a los demás, porque tiene miedo de que podría hacer lo incorrecto. En contraste, un Cristiano que esta echando raíces en Cristo y Su amor llega a ser motivado por ese amor. 2 Corintios 5:14-15 dice: “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” A medida que ayudamos a nuestros hijos a crecer en su comprensión del amor de Cristo, desarrollarán el deseo de vivir para Aquel que murió por ellos y resucitó.

Por eso 1 Juan 4:10-11 dice: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.” Queremos ayudar a nuestros hijos a entender que el amor comenzó con Dios, no con nosotros. Romanos 5:8 dice: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” Dios no esperó para mostrarnos Su amor hasta que nosotros le mostráramos amor a Él.

Serie Creciendo Familias Píadasas – Ayudando a Nuestros Hijos a Desarrollar Comunión 15. “Aprender a Crecer en El Amor”

Actualizado Agosto 2026

Derechos de autor © 2000, Duane L. Anderson, American Indian Bible Institute; 2022, DLA, Serve and Equip

Todas las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960®. Utilizado con permiso.

Este recurso está disponible y se distribuye gratuitamente por Serve and Equip <https://sveq.org>

CUALQUIER REPRODUCCIÓN DE MATERIAL PARA REVENTA O GANANCIA ESTÁ EstrictAMENTE PROHIBIDA

Al contrario, Dios mostró Su amor hacia nosotros mucho antes de que llegáramos a Cristo. Mostró ese amor mientras aún estábamos en pecado. Mostró ese amor enviando a Cristo a morir por nosotros.

Uno de los mayores obstáculos para ayudar a nuestros hijos u otros miembros de la familia a crecer en el amor es el orgullo en nuestra propia vida. Cuando tenemos orgullo en nuestra propia vida, nos apresuramos a juzgar a los demás. Por eso Santiago 4:10-11 dice: “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará. Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez.” Por eso Romanos 14:13 nos dice: “Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.” Si descubrimos que estamos juzgando a nuestros hijos, necesitamos echar raíces en Cristo y en Su amor.

Colosenses 2:6-7 dice, “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.” A medida que caminamos en Cristo, y nos arraigamos y edificamos en Él, vemos que nuestras vidas comenzarán a abundar en acción de gracias en lugar de juicio. Como resultado, mostraremos a nuestros hijos, con nuestro ejemplo, que el amor de Cristo nos está cambiando de ser un juez a una persona que abunda en acción de gracias.

Colosenses 3:16-17 nos dice como transformamos nuestras vidas, y las vidas de nuestros hijos, de ser juzgadores a ser agradecidos. Esos versículos dicen: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” Aquí, vemos que una de las cosas que nos ayuda tanto a nosotros como a nuestros hijos a crecer en el amor es dejar que la Palabra de Cristo sea el centro de nuestras vidas y nuestros pensamientos. Entonces, enseñaremos y amonestaremos con gracia en nuestros corazones. También tendremos una actitud agradecida en todo lo que hagamos.

1 Juan 4:10 también nos dice que Cristo es la propiciación por nuestros pecados. La palabra “propiciación” significa *aquello que satisface*. El Padre quedó satisfecho con el pago que Cristo hizo por nuestros pecados. Como resultado, 1 Juan 2:1-2 dice que Él ya no nos juzga una vez que hemos puesto nuestra confianza en Cristo. Esos versículos dicen: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” Queremos ayudar a nuestros hijos a entender que cuando Satanás nos acusa, Cristo es nuestro Abogado o defensor. El dice que El pago por nuestros pecados, y nosotros aceptamos el pago. El Padre dice que está satisfecho con el pago y desestima los cargos de los que Satanás nos acusó.

Este amor de Cristo, y del Padre, por nosotros es la base para que crezcamos en amor y así amemos a los demás con ese mismo amor. Dios perdonó todos nuestros pecados porque Cristo pagó la pena por nuestro pecado con Su sangre. Debido a que Cristo nos amó tanto que pagó la pena por nuestro pecado, tenemos la deuda de amar a los demás como Cristo nos ha amado. Queremos ayudar tanto a nuestros hijos físicos como espirituales a crecer en su comprensión de la grandeza de ese amor. Que el Señor te bendiga ricamente mientras ayudas a tus hijos físicos y espirituales a crecer en el amor de Cristo para que Su amor trabaje en sus vidas y fluya a través de sus vidas hacia los demás.